

¿Qué ocurre con el método alternativo?

Pues, sencillamente, que la credibilidad de un modelo de crecimiento en el Uruguay se ha debilitado sobremanera por la larga experiencia de estancamiento. No cree en ella el pueblo, que ha perdido ya la memoria del desarrollo y, lo que es más grave, las élites dirigentes —si la expresión cabe— tampoco son capaces de una fe profunda, de una convicción plena, en un porvenir de progreso, de éxito, de alegría.

Y, sin embargo, ese modelo es factible; aún más, en la presente coyuntura internacional, hasta es de fácil ejecución. Proporciona, por otra parte, la única esperanza de un consenso que no se nutra del resentimiento y el odio, sino que extraiga del amor a la tierra

natal una savia auténticamente creadora.

El problema se circunscribe a las primeras etapas, hasta que el progreso, con el andar, quede demostrado. Para esa crítica fase inicial el país requiere ese factor de la vida política que hace tanto se mantiene alejado de la nuestra; ese poder de convicción que desdeñaría buscar el consenso en las cosas que la gente ha aprendido a creer y a querer en una atmósfera de frustración y pesimismo; esa fuerza espiritual que no temería decir, parafraseando al Evangelio, "Felices los que crean, antes de verlo, en el destino venturoso de la patria". Nos referimos, por supuesto, al liderazgo. El que el país encuentre antes de mucho el que precisa es, presumiblemente, cosa de suerte. Deseémonos pues, caro lector, buena fortuna: nunca la hemos necesitado más que ahora.

ocurre otro tanto entre nosotros. El Ejecutivo envía anualmente un grueso volumen al Parlamento, pero su contenido suele pasar desapercibido. El Sr. Bordaberry parece haber echado de menos en su camino un mojón semejante, que le diese ocasión de echar en compañía de la nación, una mirada retrospectiva sobre el trecho ya recorrido, y a la vez detenerse a otear el próximo tramo para recorrer. "La oportunidad" manifestó el 1º de marzo frente a los micrófonos y cámaras de TV, "me parece propicia para hacerles llegar un balance de este difícil primer año de Gobierno y al mismo tiempo de analizar conjuntamente las perspectivas y posibilidades de futuro".

Hasta ahora los acontecimientos eran los que habían suscitado la palabra del Presidente: su inauguración primero y luego diversos hechos, de muy diversa jerarquía. Ahora, además, el Sr. Bordaberry, implícitamente, se ha fijado un compromiso periódico para dirigirse a la nación. Ello se inscribe en un estilo de gobernar en el cual la preocupación por comunicarse con la opinión pública proporciona uno de los rasgos distintivos.

Dicho sea esto en tren de buscar una explicación a esta alocución presidencial. Porque ella, aparte de rebosar de incógnitas, plantea en sí misma una interrogante misteriosa: ¿por qué habló el Sr. Bordaberry?

Ciertamente, el Presidente no se ha

llabado en el estado de ánimo propicio para transmitir un mensaje optimista. La audiencia, en efecto, fue sorprendida por la profunda melancolía de su expresión. Cuando terminó anuncian-
do "hay sol al fin del camino", su voz lució cargada de gruesas nubes, que restaron todo brillo a la imagen final. ¿Por qué, entonces, este discurso que nadie esperaba y que nada le obligaba a pronunciar?

¿Es que el Presidente tenía algo importante que decir? Siquieres, lector, démos, a vuelo de pájaro, una ojeada a la exposición del Sr. Bordaberry, y volvamos a preguntarnos esto mismo después.

REALISMO SI MEDIDAS POLICIALES NO

El primer punto que el Sr. Bordaberry desarrolló fue el de la política económica de corto plazo. Dentro de este tema dijo algunas cosas que están muy bien. Hizo el elogio del realismo en política económica y destacó las limitaciones de las medidas policiales. Dijo, por ejemplo:

...este año que transcurrió, hemos procurado llevar adelante una política realista que entendemos imprescindible para poder luego ir desacelerando la inflación; pretender frenarla violentamente y por mecanismos puramente policiales, por llamarlos así, podría disimular sus efectos por algún tiempo, pero en definitiva la inflación volvería a aparecer."

UN BALANCE DEFICITARIO

POLONIO ... ¿Qué leéis, señor?
HAMLET: Palabras, palabras, palabras.

La Constitución manda que el Presidente informe anualmente al Poder Legislativo sobre "el estado de la República y las mejoras y reformas que

considere dignas de su atención". En los EE.UU., de cuya Carta Federal está tomada nuestra disposición, el "state of the Union" es un documento que invariablemente alcanza amplísima difusión en la opinión pública. No

Esto, como decíamos, está muy bien. Es claro que se omiten las principales razones para rechazar las medidas policiales: sólo se hace referencia a su futuridad, a su inoperancia más allá del plano más superficial de las apariencias. Pero está, en líneas generales, muy bien. Con todo, a pesar de ello, y en cierto modo **por ello**, estos conceptos asumen, en la exposición del Sr. Bordaberry, acentos alarmantes. En efecto: el primer año de gobierno del Sr. Bordaberry comparte con el último año del Sr. Pacheco el triste privilegio de haber superado a cualquier otro período de nuestra historia por la falta de realismo de la política económica y por el uso y abuso de las medidas policiales como medio de torcer el curso normal de los acontecimientos.

Dijo el Presidente:

"...el tipo de cambio no es otra cosa que el precio de la moneda extranjera; si todos los precios evolucionan y el tipo cambiario queda fijo, la moneda extranjera pasa a ser un artículo barato y todos van a querer comprarlo..."

Ergo, presume el oyente desprevenido, ergo, el Sr. Bordaberry ha dejado que el mercado fije de manera realista el tipo de cambio, el precio de la moneda extranjera, de modo que el público no se sienta tentado a comprarlo en virtud de su baratura. Nada, sin embargo, más apartado de la verdad. El mercado libre de cambios, proscrito por el Sr. Pacheco, ha sido

tenazmente perseguido por el Sr. Bordaberry. Uno no puede menos de preguntarse qué habría hecho el gobierno si el Presidente creyese en la efectividad de las medidas policiales. En realidad, no hay **un solo precio** que revista alguna importancia en la economía uruguaya cuya fijación sea dejada al mercado, sin la interposición del **fiat** gubernamental. ¿Qué pensará el Sr. Bordaberry que significa **realismo**?

En la década del 50, cuando la agrupación político-gremial en que militaba el Sr. Bordaberry fustigaba duramente a los gobiernos colorados por su desaforado dirigismo, los habitantes de este país podían comprar y vender cambio extranjero con toda libertad y sin limitaciones. Hoy el gobierno persigue con saña cualquier tentativa de hacer otro tanto, excepto dentro del pseudomercado oficial (ese aristocrático club al que tan pocos consiguen acceso) así se trate, según el decir de un destacado asesor de la Autoridad Monetaria, de la venta de un solo dólar proveniente de intereses de un Bono del Tesoro. Y eso que la ley, la ley de 17 de diciembre de 1959, esa ley promovida por quienes a la sazón eran los amigos políticos del Sr. Bordaberry, afirma terminantemente la legitimidad de toda operación cambiaria, sin excepciones.

Si el Sr. Bordaberry, al hacer profesión de fe realista, hubiese abjurado de sus antiguos errores —de lo que tendría que verse como errores desde

una posición realista— hoy experimentaríamos una gran tranquilidad respecto del futuro del país. Si hubiese callado sobre el punto, nos habría quedado al menos la esperanza, fundada en la posibilidad de su futura conversión. Pero no ha hecho lo uno ni lo otro. Ha afirmado enfáticamente el valor del realismo y la futuridad de las medidas policiales. Pero no ha referido estas apreciaciones al futuro, sino que ha exhibido como inspiradoras de su primer año de gobierno. Y como semejante tesis difiere diametralmente de nuestra percepción de los hechos, nos sentimos perplejos y, como decíamos antes, alarmados.

OTRA INCOGNITA INSOLUBLE

Pero eso no es lo más grave. Dentro del mismo capítulo del corto plazo encontramos un punto respecto del cual la alocución presidencial lleva más lejos nuestro azoramiento.

El Presidente, luego de destacar la gravitación de las obligaciones a corto plazo en la situación del país durante su primer año en el poder, expresó:

"¿Por qué tiene el país ese tipo de obligaciones?, se preguntarán ustedes. Muchos factores inciden en ello. Hasta hace pocos años los precios de los productos que conforman las exportaciones uruguayas, habían registrado una baja como no se conocía..."

El Sr. Bordaberry dijo que las causas de la acumulación de deudas a corto plazo **eran muchas**, pero luego omitió referirse a ninguna otra; es decir que, implícitamente, atribuyó la dificultad a la baja de los precios internacionales de nuestros productos de exportación.

El lango triste de los términos del intercambio ha servido para muchas cosas —ha sido el comodín de la retórica latinoamericana— pero que fuese utilizado para dar cuenta de los problemas de balanza de pagos del Uruguay en 1972, eso nunca lo hubiéramos imaginado.

Antes de seguir adelante, destaquemos que las dificultades de pagos de un país nunca provienen sólo de las obligaciones, como los problemas financieros de una empresa no provienen sólo de su pasivo. En ambos casos los activos son, por razones obvias, decisivos. En el caso de un país la situación se define por la comparación de los activos a la vista y a corto plazo (oro y divisas) y las obligaciones de la misma naturaleza. El saldo resultante de esa comparación es lo que suele llamarse **reservas internacionales** del país.

Lo que interesa, como decíamos, son las reservas internacionales en conjunto, y no su componente de deudas considerado aisladamente. La explicación que ofreció el Sr. Bordaberry sobre las dificultades de pagos internacionales que debió enfrentar su go-

bierno empieza por fallar por esta razón. En segundo lugar, falla igualmente porque el factor en que se basa ha dejado de actuar, según sus propias manifestaciones, desde hace varios años. Ello implicaría que la dificultad no era nueva, sino que databa de varios años atrás, y se había manteni-

do después invariable. En realidad, la posición de reservas del Uruguay experimentó un repunte muy considerable en el período 1968-70, como secuela de la política de estabilización. La época en que el problema comenzó a agudizarse no es difícil de identificar: veamos al respecto algunas cifras.

RESERVAS INTERNACIONALES CENTRALES DEL URUGUAY (millones de US\$)

Fecha	Activos	Pasivos	Reservas Internac.
Diciembre de 1961	200	91	109
Diciembre de 1962	216	172	44
Diciembre de 1963	202	156	46
Diciembre de 1964	198	192	6
Mayo de 1965	207	254	-47
Diciembre de 1965	198	217	-19
Diciembre de 1966	205	207	-2
Diciembre de 1967	183	175	8
Junio de 1968	195	178	17
Diciembre de 1968	208	165	43
Diciembre de 1969	210	151	59
Mayo de 1970	232	136	96
Diciembre de 1970	197	165	32
Diciembre de 1971	186	173	13

Estas cifras no nos hablan de un problema siempre igual, sino, al contrario, de variadas vicisitudes. Nos narran elocuentemente la historia de

la crisis de pagos de 1965; nos muestran la recuperación posterior, lenta al principio, y pujante desde junio de 1968. Nos señalan que en mayo

de 1970 se había alcanzado un nivel de reservas netas que el país no había poseído desde 1962. Nadie puede sostener que en mayo de 1970 el país estuviese en dificultades respecto de sus obligaciones internacionales; y no porque éstas no existieran, que siempre han existido, sino porque la autoridad monetaria disponía de activos que las superaban en casi cien millones de dólares. La situación era entonces, en este terreno, ampliamente desahogada.

¿Qué sucedió después? ¿Por qué se deterioró la posición de reservas netas del país a partir de junio de 1970, hasta culminar en una nueva crisis de pagos en 1971 y 72? ¿Habrá sido porque los precios internacionales de las exportaciones uruguayas registraron, desde junio de 1970, "una baja como no se conocía"? De ninguna manera. Los precios, desde entonces, no han hecho otra cosa que subir. ¿Qué es lo que ocurrió, entonces, **de verdad**?

Pues muy sencillamente ocurrió que el Sr. Pacheco Areco resolvió, por razones que él y quienes en la instancia lo asesoraron sabrán, dictarle normas a la realidad y mantener por **fiat** gubernamental el tipo de cambio de 250 pesos por dólar, que antes había regido con el apoyo de las fuerzas del mercado —como el crecimiento de las reservas lo demuestra— por más de dos años.

¿Por qué el Sr. Bordaberry, dirigiéndose a la nación, ofreció para justifi-

car una de sus dificultades una explicación **notoriamente desprovista de la menor base en los hechos**? ¿Por qué propuso una tesis que para los mal informados de su público fue engañosa, y para los demás fue ofensiva? Pongamos que, "por razones políticas" le resultaba imposible referirse a las causas verdaderas. Concedamos ésto. Pero, entonces, ¿por qué no callar? ¿Qué móvil misterioso impulsó al Sr. Bordaberry a presentar una versión tan burdamente inexacta de la realidad? ¿Qué ganó con ello? ¿Cómo no vio lo que perdía?

No sabemos, lector, responder. No se nos ocurre —lo decimos con toda sinceridad— ni siquiera una hipótesis medianamente plausible para explicar este gravísimo error.

INDUSTRIA ACTIVA. PAÍS OCUPADO

Del corto pasó el Sr. Bordaberry al largo plazo. Se refirió a los planes de desarrollo que están, dijo, a punto de ser aprobados. No podemos, infelizmente, comentarlos. No los conocemos aún. El Sr. Bordaberry reclamó crédito por la elaboración temprana de esos planes. Pese a que los había prometido para fin de agosto de 1972 y todavía a principios de marzo de 1973 estaban siendo discutidos. Pero, en fin, cuánto dijo el Sr. Bordaberry sobre ellos fue, y cuánto pudieramos comentar nosotros al respecto sería,

hasta que los planes vean la luz pública, prematuro.

Respecto de la responsabilidad del sector agropecuario en el crecimiento futuro de nuestra economía reiteró conceptos ya vertidos previamente. Sobre el desarrollo del sector manufacturero, en cambio, el Sr. Bordaberry expresó ideas que no recordamos haberle oído en anteriores ocasiones.

No es que se trate de ideas originales. Todo lo contrario. Es la concepción cara al dirigismo vernáculo, que se viene repitiendo desde hace décadas para recomendar la promoción del sector secundario: es preciso absorber la mano de obra que se vuelve redundante en el campo por la transformación tecnológica que experimenta la agricultura.

Nosotros opinamos que se trata de una concepción económicamente desorientada, apoyada sobre supuestos técnicos y demográficos que no corresponden a la realidad uruguaya. No creemos que sea oportuno exponer en esta ocasión las razones de nuestro parecer. Pero, al mismo tiempo, pensamos que es una concepción que asigna a la industria manufacturera en el desarrollo de la economía uruguaya un papel profundamente desalentador, y ya va entrando más en nuestro tema de hoy el preguntarnos por qué el Presidente le dice a los obreros urbanos compatriotas que ellos no son una fuente de riqueza, sino un problema; no un recurso produc-

tivo lleno de promesa para el país, sino una floración humana superflua, a la que tenemos que inventarle una ocupación, que en el fondo no será otra cosa que un seguro de paro sublimado.

Si el Presidente no cree en estas cosas que nosotros opinamos que debería decirle a los obreros urbanos, porque, siendo estimulantes, pensamos que son la verdad, si el Presidente no cree en esas cosas, decíamos, hace bien en no afirmarlas. La sinceridad ante todo. Pero, entonces, una vez más: ¿por qué y en nombre de qué se metió el Sr. Bordaberry en un tema en el que no tenía sino ideas manidas y deprimentes que expresar?

El Sr. Bordaberry afirmó, en la parte final de su discurso, que el Uruguay

"es ahora un fermento de inquietudes, de ideas, de impulsos, de expectativas, de ansias de superación."

Semejante emporio debería haber dado lugar a un crecimiento notable del producto nacional. Pero ocurre que el crecimiento del producto fue... ¡cero! Ocurre que las energías del sector privado se las traga todas el conseguir licencias de importación en el BCU y correcciones de precios en CO-PRIN y las inquietudes son todas sobre el CRIE y la CHASITA, acerca del CNS y CHASEIMA y demás permutaciones de la infernal sopa de letras de

nuestra burocracia. Dinos, lector: si se hablaba de desarrollo, ¿no valía la pena haber empezado consignando que el crecimiento había sido, por un año más, nulo, y asumiendo la responsabilidad consiguiente? En vez, queremos decir, de escaparse por tangentes retóricas. Y si ello no era posible, ¿no era entonces la oportunidad de callar?

EN LA CORTE DEL REY SALOMON

Fuera del terreno económico, el Presidente tocó una multiplicidad de temas, ninguno de los cuales podría conceiblemente justificar la extraña alocución del 1º de marzo. Nos referimos al tema de la enseñanza, sobre el cual la nación quiere hechos y ha recibido más que su cuota de palabras; o como el de la salud, que no hizo sino recordarnos al ministro marxista a quien el Sr. Bordaberry ha confiado la misión de encontrar una solución a los problemas nacionales y que, como es natural, ha producido un proyecto de solución totalitaria; o como el de la participación de las FF.AA. en la labor de gobierno (que nosotros comentamos en el artículo anterior de esta sección) del cual el Sr. Bordaberry ofreció una explicación eufemística. Nos referimos también a las exhortaciones que el discurso profusamente formula; exhortaciones de todo orden: a que "nadie se sienta oprimido" por el Consejo Nacional de Educación; a que la oposición cambie "el estilo de lucha política"; a que el Parlamento se renueve en métodos

y actitudes; y a que los Partidos hagan otro tanto. Exhortaciones que, en una palabra, con un criterio más elevado del valor del aliento del orador y del tiempo del auditorio, nunca se hubieran pronunciado. Dos de esas exhortaciones, sin embargo, trascienden la trivialidad del género en alguna manera y suscitan nuestro comentario.

En primer término, el Sr. Bordaberry quiere persuadirnos de que nadie debe sentir temor a sufrir injusticia porque, en la campaña contra la corrupción en que su gobierno está empeñado **"intervienen sólo los órganos previstos por la Constitución y las leyes para hacer justicia"**. ¿Se habrá invocado alguna vez sobre algo alguna razón más inadecuada?

Las palabras del Sr. Bordaberry nos mueven a incursionar nosotros mismos, contra nuestra natural inclinación, por el género exhortativo. Así le exhortamos al Presidente a que respete nuestros temores. El continuó la cacería de brujas que el Sr. Pacheco había comenzado en 1971 para ocultar los vicios de su política. Hoy la opinión pública hiere de deseos de ver gente en la cárcel y reputaciones en la picota, y estamos empezando, —¡ay! sólo empezando — a ver injusticias de todo calibre. La historia tiene en la materia su invaluable lección de siempre: nadie fue guillotinado durante el Terror sino por la sentencia de tribunales investidos con "imperium" constitucionalmente inta-

chable; nadie terminó sus días en un campo de trabajo del Ártico sino por orden de una autoridad soviética jurídicamente inimpugnable; y las cámaras de gas del nazismo eran sólo alimentadas conforme a la Constitución y a las leyes del Tercer Reich. Haber pretendido tranquilizar a los candidatos a esas modalidades del terror político invocando la legitimidad de jueces y verdugos sólo habría agregado, nos parece, una dimensión de insulto a la angustia que debía consumirlos. Salvando las distancias —a Dios gracias enormes— entre tales situaciones y la nuestra de hoy, decimos al Sr. Bordaberry: ésta es nuestra hora de inseguridad; no malgastemos esfuerzos en tratar de persuadir a quienes se sienten inseguros; utilicémoslos en cambio en procurar que pase cuanto antes este tiempo abominable.

Por fin, debemos referirnos a la última exhortación del discurso. Dijo el Sr. Bordaberry:

“...digo al pueblo uruguayo que tenga fe en el espíritu de justicia del Presidente...”

Esta pieza oratoria del 1º de marzo, cuya vocación al olvido es tan nítida, tal vez sea en definitiva rescatable de ese destino solamente por este pasaje.

Nos explicamos: nos referimos al valor de esas palabras como documen-

to de interés antropológico, como indicio revelador de una peculiaridad cultural de nuestra sociedad, de un curioso arcaísmo, que una modernidad superficial consigue habitualmente mantener oculto.

Expliquémonos. Lector, tú has oído pronunciar el elogio de los grandes estadistas de nuestro tiempo: de Winston Churchill, de Konrad Adenauer, de Alcide De Gasperi, de Charles De Gaulle. A qué, lector, entre todas las cualidades que has oído atribuirles, nunca, jamás, se ha hallado el espíritu de justicia. Has oído conmemorar su visión, destacar su elocuencia, celebrar su valentía, exaltar su imaginación, laudar su sagacidad, recordar su prudencia. Nunca has oido que se mencionara su espíritu de justicia. No porque carecieran de él, sino porque, en su faena de estadistas, no tenían ocasión de ponerlo en práctica. En el moderno Estado de Derecho los gobernantes no tienen ocasión de ser justos. Justo fue considerado, en su época, el rey Salomón. Ya recuerda el lector como arbitró entre las dos mujeres que se disputaban un niño. La sabiduría de aquel monarca patriarcal, transportada a nuestros días, nos habría a insoportable arbitrariedad. A esa clase de atmósfera primitiva nos introduce de pronto, más allá de la aparente modernidad con que nuestra realidad está vestida, esta referencia del Sr. Bordaberry a su espíritu de justicia.

EL PATERNALISMO ES PRIMITIVISMO

Toda la concepción del Estado y del Gogiebrno que inspiran a nuestro Presidente se ha revelado de pronto en su absoluta desnudez ante nosotros. El ve su misión como la de un árbitro de intereses contrapuestos o, lo que es igual, como la de un ejercitador de poderes arbitrarios, ya que el criterio del bien y del mal es inmanente a su voluntad.

El Presidente no sólo ha enunciado el principio. Lo ha exemplificado con excepcional claridad. Ha dicho:

“En el año transcurrido he debido afrontar **una tarea cuya responsabilidad claramente es sobrecedora: la de distribuir equitativamente la carga** de un año duro y erizado de dificultades.

“Los productores o los comerciantes a veces se quejan cuando fijamos precios...; los que tienen que pagar a sus precios también se quejan a su vez...; los que reciben un aumento de salarios o pasividad consideran que son insuficientes; los que reciben las divisas que adjudicamos, distribuyendo las escasas de que dispusimos en ese año (también) protestan...”

No en balde el Sr. Bordaberry encuentra “**sobrecedora**” su responsabilidad. Es que la tarea que se im-

pone a sí mismo es infinita. Ser un arbitrario árbitro entre innúmeros intereses en pugna debe ser, a no dudarlo, agotadora ocupación, cuando se encara con la seriedad y la responsabilidad con que sin duda el Sr. Bordaberry concibe la suya.

“Arbitrario”, decimos. ¿Qué queremos significar? Nada peyorativo. Sólo: “sin regla”, “no sujeto a norma”, “dependiente exclusivamente del arbitrio del gobernante”. Y de ahí el peso agobiador de la faena.

¿Cómo puede saber el Sr. Bordaberry, moderno Atlas que soporta sobre sus hombros la entera vida de la República, que su arbitrario obrar es según justicia, objetivamente hablando? Su criterio es peregrino. Luego de mostrar, en el pasaje recién transcurrido, a todos los intereses arbitrados en ademán pugnaz, el Presidente agrega:

“Es una tarea ingrata, pero justamente el hecho de que no halla plena satisfacción en todos nos da la prueba de que hemos distribuido bien la carga.”

¿No te parece, lector, cosa curiosa? ¿Y entemedora? El consuelo del gobernante, en su soledad, está en advertir que todos sus súbditos están disconformes; que todos agitan ante su faz un puño atrabilicio: el descontento universal constituye la garantía de la universalidad de su justicia.

Y pensar, lector, que tanta buena voluntad, tanta devoción al deber y tantas energías se malgastan de tan cabal manera. De un solo golpe, el Sr. Bordaberry podría solucionar, a la vez, su propio problema y el del país. Bastaría con que su estilo de gobernar, que está sintonizado, por decirlo así, varias centurias atrás, llegara a captar al menos una onda más cercana a nuestro siglo. La libertad —que, como lo señalaba locke, exige que nadie se halle "sujeto a la voluntad inconstante, incierta, desconocida y arbitraria de otro hombre"— podría reinar en nuestra tierra junto con la prosperidad, y el Sr. Bordaberry, liberado ya de su carga insopportable, podría por fin encontrar reposo y alegría. Una puesta al día del concepto del Estado y del Gobierno parece constituir, pues, la primer tarea a que el país debería abocarse.

BALANCE DE UN BALANCE

Pero esta conclusión es algo así co-

mo un subproducto de la lectura del discurso. Este, en sí mismo, en ningún momento nos ha permitido despejar la incógnita bajo cuya atracción nos pusimos en camino. No podemos aún responder a la pregunta: ¿por qué habló el Sr. Bordaberry el 1º de marzo? El enigma es impenetrable.

El balance de su discurso arroja, pues, un saldo fuertemente deficitario. Lo mismo que su primer año de gobierno. En uno como en otro, la nación echa de menos el franco enfrentamiento de su Presidente con los hechos. El tiempo de los optimismos de pacotilla, la retórica y los eufemismos debe quedar atrás. El de la verdad, el de la sinceridad, debe advenir. El Sr. Bordaberry es deudor frente a la República de otra clase de balance; la clase de balance en que ella puede cimentar la esperanza. Entretanto, lo deseable sería que administrase su palabra con mayor parsimonia. El silencio, dicen, es de oro.